

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

IDEA FLJA

La hora de las naciones

A medida que las naciones van entrando en acción y tomando posesiones en el tremendo conflicto, más claros aparecen los móviles que las guían y á la postre acabará por demostrarse que el verdadero pleito que se ventila en esta guerra no es el de la raza eslava en lucha con la teutónica, ni el de la rivalidad entre francos y tudescos, ni el de la democracia con el militarismo, como han dicho unos—sin saber lo que se decían—ó con el imperialismo—como dicen otros, sin saberlo mucho más.—No; el verdadero pleito se ventila entre Inglaterra y Alemania, pues nadie ignora que los dos ejes reales sobre los cuales se ha movido la política europea de estos dos últimos años han sido Alemania é Inglaterra, y el verdadero objetivo de este letigio es el dominio de los mares, que Inglaterra no quiere, no ya perder, sino ni aun compartir con ninguna otra potencia.

Verdad es que dentro de este gran litigio, se ventilarán, como en todo pleito, varios incidentes de enorme importancia: los de la hegemonía en los Balcanes, la cuestión llamada de Oriente, la supremacía en el centro de Europa y tal vez, si vence Francia, en todo el radio de su influencia, se verán en plazo más ó menos breve algunos tronos vacíos. En cuanto á eso del militarismo y del imperialismo, son, en este caso, palabras vacías de sentido.

Hay repúblicas democráticas—Francia una de ellas—más militaristas y más imperialistas que muchas monarquías: Dinamarca, Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega... Y si hemos de referirnos al militarismo y al imperialismo al alcance de todas las inteligencias—incluso las de algunos políticos clarividentes—no hay que olvidar que si Austria y Alemania son imperios, también Rusia lo es y también Inglaterra. Pero hablar de ciertas cosas es como hablar del arquitrabe y no basta para ello con el despejo natural. Adelante.

No ignora nadie, porque es cosa de nuestros días, que durante el reinado de la reina Victoria, Inglaterra y Alemania mantuvieron la mayor cordialidad. Cierta parentesco de raza y aun de religión de estado, y otro parentesco más íntimo entre las dos casas reinantes, sin que ningún agravio ni histórico ni reciente separase á ambos pueblos, las atraía, y hace pocos días uno de los más importantes políticos ingleses se lamentaba de que Inglaterra, en 1870, hubiese consentido la desmembración y la humillación de Francia. Pero Francia había sido siempre la enemiga de Inglaterra y el odio de Inglaterra á Francia era tradicional, así como ha sido Inglaterra hasta hace pocos años, quizá meses, la enemiga declarada y mortal de Rusia.

Mas, de repente, casi á los comienzos del reinado de Eduardo XII, cambia Inglaterra su orientación y empieza á agasajar á Francia, cediéndole sus derechos en Marruecos, á cambio de los derechos de Francia en Egipto; se aproxima poco á poco á Rusia y acaban las tres por formar la formidable entente. Por último, en guerra Austria y Alemania contra Rusia y Francia, Inglaterra moviliza sus escuadras y su ejército contra Alemania.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Es que Eduardo VII, francófilo, hizo cambiar la faz de la política inglesa á la muerte de su madre? Los reyes de Inglaterra son venerados por su pueblo; pero la política inglesa la dirigen los políticos. Lo que hubo es que poco á poco y tenacisimamente los alemanes habían ido creando una marina mercante poderosísima y una marina militar formidable y al mismo tiempo que Alemania llegaba á ser la potencia continental más poderosa y la potencia comercial y mercantil más invasora, se convertía en potencia naval de primer orden y podía constituir, en cualquier circunstancia, un peligro para Inglaterra.

Y así como no paró Inglaterra hasta destruir el poderío naval español, y el holandés y el francés y procurará destruir todo poder marítimo, sea el que sea y venga de donde venga, considera llegado ahora el momento propicio de arruinar el de Alemania. Verdad es que intentó advertir amistosamente á Alemania, que la instó á moderar sus armamentos navales, que la hizo proposiciones en tal sentido, y de esto hace pocos meses. Alemania mantuvo su propósito y la guerra estalla ahora. Ha llegado el instante de la liquidación y ¿qué mejor circunstancia que ésta en que Alemania está empeñada en una gran guerra continental? Ni ¿qué motivo más gallardo que el de salir en defensa del derecho á la neutralidad de una nación tan débil como Bélgica?

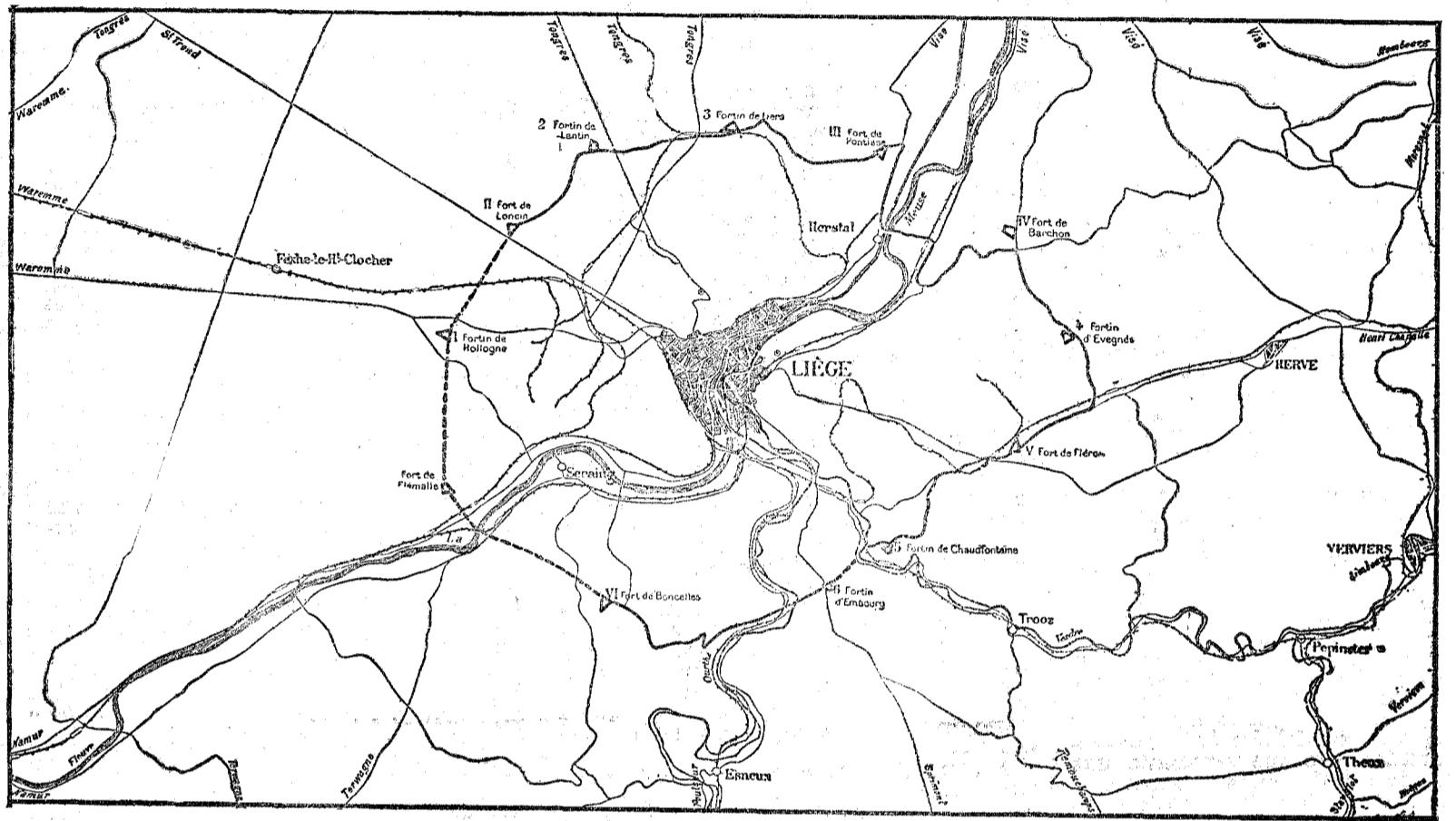
No hay que acusar de doblez ó mala fe á Inglaterra. Al contrario: es muy probable que haya tratado de evitar el conflicto. Cada nación escoge, cuando puede, su hora y es muy posible que Alemania haya escogido la presente para no tener que aceptar, en momento menos propicio, más

adelante é irremisiblemente, una guerra que era ya inevitable. No hay nación que no cuente sobre su conciencia con algún pecado de esos, ninguna, y por su parte Inglaterra ha vencido siempre y no quiere ser vencida. Las naciones caballerescas, las que no han calculado, que no han sido previsoras han pagado su falta de previsión y su nobleza ó su falta de astucia, con el aniquilamiento.

¿De quién será ahora la victoria? No hay cosa en que entren más factores que en una guerra y difícil es predecir su resultado. [Los cálculos humanos son tan limitados! Todas las naciones tienen su día y su hora, y nadie sabe cómo nacen ni cuándo han de caer los grandes imperios. La guerra es un azote, en ella se saldan muchas cuentas y la suerte de los pueblos está en las divinas manos. Por esto, lo más elevado y lo más humano al mismo tiempo que han dicho los jefes de los estados en guerra á sus pueblos, en la presente ocasión, han sido las palabras del Kaiser:—«Y ahora idos á los templos á rogar á Dios.»

ANGEL RUIZ Y PABLO

LA GUERRA EUROPEA



Plano militar de Lieja y de sus defensas, donde se han reñido estos días tan sangrientos combates

Cotidianas

Los innumerables «canards» que circulan por esos mundos, invenciones falsas de todo punto y cuyo origen y finalidad quedan siempre en la penumbra para el público, vienen á dar por unos momentos mayor sensación á la actual situación. ¡Cómo si ésta, deducida simplemente de las escuetas noticias legítimas y oficiales no fuera por sí sola la más sensacional que ha vivido nuestra generación, sino la más grave que en cuanto á complicaciones bélicas ha registrado la historia!

Prescindamos pues de los «canards» que á veces llegan con tantos detalles por esos hilos, tan pocos á veces cuando se trata de transmitir un suceso verídico. Hagamos también caso omiso de la cria espontánea y desarrollo prodigioso que el simpático palmípedo encuentra en paseos, cafés y tertulias y consideremos la situación únicamente por lo que se sabe positivamente, que no es poco de pavo.

En efecto, grande habría de ser el pavo para que su excrecencia facial pudiera compararse en tamaño á la magnitud del conflicto que está atravesando Europa, la que impone al mundo la civilización y la exporta á los demás continentes, hasta el punto de tener que preguntarse si no se habrán agotado las existencias de este preciado artículo.

Porque América misma nos ha dado el ejemplo de una práctica humanitaria elementalísima, que consiste en acudir á separar á dos beligerantes, imponiendo la serenidad de los que no riñen á la obcecación de los que se pelean, la calma á la sulfuración de espíritus soliviantados. Como se acude á separar en la calle á dos chicos que se pelean por un trompo, por considerar los transeuntes, ajenos á la contienda, que un ojo ó un diente de los combatientes vale mucho más que el trompo y éste menos que el árbitro que habría de gastarse.

Pero en Europa, las naciones se han venido preparando desde hace años, armándose para no tener que reñir con nadie. Efectivamente, el espíritu de la paz ha irradiado de tal modo sus estuivos desde el polvoriento palacio de La Haya, que á penas han llegado á las manos dos pueblos, los demás acuden á separarlos... pero deteniéndose antes á reñir ellos mismos entre sí. Una zambra de gitanos.

Y nadie puede prever como acabará esto. Porque cuando riñen los débiles pueden intervenir los fuertes, pero ¿y cuándo riñen los fuertes? Podrá llegarse en este fregado á que los pueblos no sepan cómo se llaman ni dónde está su casa.

Hay quien se dispone á estudiar Geografía para seguir el curso de los incidentes internacionales. Otros, filosóficamente, esperan que se cite la nueva edición del mapa, reformado, de Europa, así que haya terminado este juego de puzzle á que se entregan ahora las naciones.

E. O.

DEL DIA

Alemania según los últimos libros

Desde hace próximamente dos lustros es objeto de preferente estudio por parte de los economistas, demógrafos y sociólogos la creciente actividad social del Imperio alemán. La bibliografía dedicada á escudriñar el modo de ser del pueblo germánico es copiosísima. Sería tarea poco menos que imposible registrar, sin incurrir en sensibles omisiones, las obras publicadas en todos los países de Europa y en Norte América estudiando los múltiples aspectos de la psicología colectiva tedesca. Entre los libros más interesantes, tanto por sus temas y su contenido como por la autoridad de sus autores, son dignos de especial mención los siguientes: *La Nuova Germania*, con el cual se inauguró en 1909 la colección denominada «La Civiltà Contemporánea» y que es debido á G. A. Borgese, tan conocido y respetado en Italia

estadística registra un comienzo de disminución en la natalidad, especialmente en los centros urbanos, en que la industria representa la forma de actividad social más importante.

Hace notar el profesor de la Sorbona que las familias que tienen numerosa prole son mucho más frecuentes en Alemania que en Francia, debiéndose, principalmente, á esta circunstancia el creciente desenvolvimiento del capitalismo, favorecido por los excesos anuales de población, que han permitido á Alemania organizar casi todas las especialidades industriales, algunas de las cuales revelan una potencialidad verdaderamente extraordinaria. En las clases acomodadas el espíritu emprendedor hállase hondamente arraigado. El padre de familia no tiene la ambición que en Francia ó en España de dejar á sus hijos una situación completamente consolidada con el disfrute de pingües rentas.

La concepción dominante en Alemania, en lo relativo á los deberes de la paternidad, es por completo distinta á la que priva en los pueblos de raza latina y, en cier-

por sus estudios posteriores acerca de la literatura y la cultura contemporáneas, reunidos en los tres volúmenes recientemente publicados con el título genérico de «La vita e il libro»; *L'Allemagne moderne: son évolution*, del ilustre publicista y profesor de la Sorbona Henri Lichtenberger, que apareció en 1909 formando parte de la «Bibliothèque de Philosophie Scientifique» que dirige el polígrafo Gustavo Le Bou; *Monarchical socialisme in Germany*, de Elmer Roberts, Londres, 1913; *L'évolution de l'Empire allemand de 1871 jusqu'à nos jours*, de Bernard Serrigny, publicado en la Colección Perrin en 1914; *L'Allemagne en France. Enquetes économiques*, de Luis Bruneau, editado en París en el corriente año por Plou Nourrit, y por último, *La mentalidad alemana: ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo*, publicado este año en la Biblioteca Científico-filosófica que edita Jorro en Madrid y original del publicista Eloy Luis André, joven y docto catedrático que fué de Orense y en la actualidad de Toledo.

La impresión que deja la lectura de los citados libros, escritos por autores de distinta filiación intelectual en diversos medios sociales y con propósito diferente, es, sin embargo, la misma. En todos ellos advierte la grandeza y la densidad que revisite el desenvolvimiento logrado en el breve lapso de ocho lustros por el Imperio alemán. Todos estos escritores convienen en que el resurgimiento tedesco es el fenómeno de más transcendencia que ha tenido lugar en la historia de nuestros días. El crecimiento de la población alemana no tiene par en Europa. De 1816 á 1910 el aumento fué en proporción siempre creciente. De 1816 á 1905 fué de 1.01 por ciento; de 1900 á 1905 de 1.50 y 1.45 por ciento. El número de habitantes, de los 25 millones con que contaban en 1816, pasó á 36 millones en 1855; á más de 65 millones en 1905 y en 1910 alcanzó la cifra de 66 millones.

Según Lichtenberger, en 1820 Francia contaba con 4 millones más de habitantes que Alemania y á mediados del siglo pasado ambos países tenían alrededor de 34 millones y medio de habitantes. Al decir también del publicista francés, estas cifras muestran elocuentemente el desarrollo adquirido por la población tedesca. En 1909 —y este dato es de excepcional importancia, en sentir de Lichtenberger y de cuantos sociólogos han estudiado el dinamismo demográfico—Alemania contaba con 20 millones más de habitantes que Francia y fué aumentando hasta 1910, en que la es-

tos respetos, puede afirmarse que ha acentuado el sentido de acometividad que infundió la cultura sajona al padre de familia. En Alemania se ha extendido la creencia, que se convirtió en convicción, de que el mayor bien que puede hacer el padre á sus hijos es el facilitarles los medios adecuados para que puedan adquirir una educación integral y que constituya un equipo sólido para la lucha por la existencia. Una vez en posesión de un gran caudal de conocimientos técnicos y prácticos, se deja al hijo de familia en completa libertad para que desarrolle sus iniciativas unas veces en el solar patrio y las más en el extranjero.

Indudablemente, á la formación del carácter individual ha contribuido por medio considerable la repatriación de algunos millones de alemanes, que en estos últimos treinta años recorrieron el mundo entero, constituyendo colonias importantísimas que, ausentes de su patria, sentían más intensamente, si cabe, que en ella el espíritu de su raza, el amor á su cultura y el entusiasmo y la seguridad en los altos destinos reservados al Imperio. Evidentemente acierta Lichtenberger cuando señala el hecho halagüeño de que existe una mayor capacidad intelectual y económica en cada una de las generaciones que se han sucedido en los últimos cuarenta años. Y esto no puede atribuirse tan sólo á la fecundidad de la raza, que si bien ha sido un poderoso estimulante, y acaso el más enérgico, para impulsar la riqueza y el poder del pueblo tedesco, no puede desconocerse que existe otro factor, y es la noción extendida en todas las clases sociales de la utilidad máxima que reporta el esfuerzo consciente para ampliar la esfera de la cultura.

La potencialidad de aquel pueblo, cada instante mayor en todos los dominios de la actividad humana, débese al acertado aprovechamiento de todas las iniciativas, cualesquiera que sean, lo cual se advierte analizando el proceso de formación en los individuos, los grupos sociales, los núcleos económicos, los partidos políticos y el Estado. Es común á todos los elementos que constituyen la vasta y compleja organización de Alemania el sentido de integración. Realmente, en ninguna de las cuatro naciones del mundo en que germinó el sentimiento imperialista—Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania y el Japón—tuvo aquel la intensidad y la extensión que en Germania. Esto lo demostró, revelando gran sagacidad, hace más de diez años,